



## UN HOMBRE ESTÁTICO DE AQUELLOS ANTIQUÍSIMOS

Fue ermitaño en Navarra y cuando tenía veinte años, se embarcó a las Indias en busca de redención y el paraíso perdido que encontraría en la práctica médica mexicana. La opinión más común es que nació en Madrid, pero algunos historiadores creen que nació en Beira, Portugal. Setenta y dos años después murió en México, en Santa Fe. Cuando llegó a Veracruz repartió su equipaje entre los pobres de ese puerto, que según el testimonio de Roberto Tomson, comerciante inglés que visitó Nueva España en 1555, era un lugar malsano y “muchos marineros y oficiales morían de las enfermedades que allí reinan o sufrían fiebres agudas por andar bajo el sol de mediodía, comer sin moderación la fruta del país y, recién llegados, darse a las mujeres”<sup>1</sup>. Subió por caminos de montaña al altiplano central, trabajó como amanuense en la Ciudad de México y luego fue al norte, a la tierra de los Chichimecas, vestido de sayal y descalzo. Se entregó a duras penitencias, cuidó a los enfermos, escribió varios libros, hizo milagros, convirtió a muchos infieles y, muy pronto, tuvo fama de santo. En 1625, once años después de su muerte, Felipe IV encomendó al virrey de Nueva España don Enrique Pacheco y Osorio, marqués de Cerralvo, que compilara las obras escritas del santo varón y mandó una carta al papa Urbano VIII pidiendo la beatificación y canonización de Gregorio López.

Don Vicente Riva Palacio nos cuenta en el capítulo XI del libro segundo dedicado al Virreinato: “Popularizada creencia fue que Gregorio López era el príncipe don Carlos, hijo de Felipe II, cuya historia es tan conocida. Refiere la tradición que el monarca español, queriendo deshacerse de su hijo, encargó la ejecución del asesinato a un hombre que, condolido de la juventud y desgracia del príncipe, convino en salvarle la vida bajo la condición de que juraría solemnemente trasladarse a Indias, cambiar de nombre y no revelar a nadie su secreto. Ha prestado alimento a esta tradición, además de la vida misteriosa llevada a cabo por

---

<sup>1</sup> Martínez, José Luis. *Pasajeros de Indias*. Alianza Universidad. México, 1984. Pag. 29.

Gregorio López en México, la circunstancia de que en un retrato suyo, hizo poner esta divisa o lema '*secretum meum mihi*'<sup>2</sup>. No puede afirmarse que Gregorio López fuera realmente el infante don Carlos; pero tampoco, en medio del misterio que rodea la memoria de aquel príncipe infortunado, puede asegurarse que no lo fuera. Si hay documentos que prueban que el hijo de Felipe II murió desastrosamente en Madrid, también los reyes y sus favoritos han sabido suponer documentos para ocultar crímenes. De Gregorio López se dice que nació en Madrid en 1542 y que llegó a México en 1562, fechas que, con leves diferencias, coinciden casi con la desaparición del príncipe"<sup>3</sup>.

Vivió en la Ciudad de México, Zacatecas, la Huasteca, Atlixco, Oaxtepec y santa Fe. Redactó, entre otras obras, *Explicación del Apocalipsis, Virtudes de varios árboles, plantas, hierbas y aves para remedio de diversas enfermedades y Tesoro de medicinas para todas las enfermedades*. Esta última, entre 1580 y 1589 en Oaxtepec, donde estaba el hospital de la Santa Cruz, y a donde llegó para curarse de cierta enfermedad que le aquejaba. Para entonces, sesenta años después de la caída de Tenochtitlan, se habían escrito varios libros de medicina: el *Libellus medicinalibus indorum herbis* o Códice Badiano de Martín de la Cruz en 1552, el que *Trata de todas las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven al uso de la medicina* de Nicolás Monardes en 1565. En 1567 Pedrarias de Benavides redactó sus *Secretos de chirurgia*, Francisco Bravo la *Opera medicinalia* en 1570, y el *Tractado breve de anatomía y chirurgia y de algunas enfermedades que más comúnmente suelen haber en esta Nueva España* que Agustín Farfán escribió en 1579. De modo que el libro de Gregorio López no es un texto novedoso, pero su importancia radica en el efecto que sobre la medicina europea tuvo la herbolaria mesoamericana. Es decir, el vencido conquistó al invasor usando para ello las armas de su saber, seduciéndolo. Además, ¿de qué otro modo podría ser, teniendo en cuenta que los europeos eran una minoría en América que no pasaba del cinco por ciento de la población y que la cultura que encontraron era discreta, graciosa y refinada? Sin duda ellos trataron de mantener la cultura europea, pero fracasaron.

El caso más representativo y estudiado es el de la religión. En ella puede verse con mucha claridad cómo los procesos creadores de la cultura mexicana han ido engullendo al occidente cristiano para darle tonos asombrosos. Los mexicanos, que en el curso de sus mortificaciones antiguas transportaron a su dios tutelar, Huitzilopochtli, resucitaron el mesianismo conquistador de los aztecas so capa de la escatología cristiana. La contracultura mexicana implica a la vez la apropiación del modelo hispánico con todas sus cuitas y delirios y la exaltación del pasado indígena<sup>4</sup>. Y, no sólo eso, llegaron a la herejía: Jesucristo, el Tata Jesucito, pasó a ser uno más de los dioses. Porque en este mundo, las personas, los animales, las cosas y los fenómenos transitorios son potencialmente una hierofanía: todo tiene la capacidad de manifestar algún aspecto de lo sagrado<sup>5</sup>.

---

<sup>2</sup> Mi secreto es mío.

<sup>3</sup> Riva Palacio, Vicente. *México a través de los siglos*. Compañía general de ediciones. México, 1962.

<sup>4</sup> Lafaye, Jacques. *Mesías, cruzadas, utopías*. Fondo de cultura económica. México, 1984.

<sup>5</sup> Espinosa Pineda, Gabriel. *El embrujo del lago*. UNAM. México, 1996.

La astronomía, otro saber de los vencidos, cambiaría la comprensión del tiempo. Gracias a la minuciosa observación del cielo y sus eventos establecieron un calendario solar de mucha precisión. Sabido es que los minutos y las horas son pura convención, porque en el universo no hay una constante que nos permita medirlos: los días no son iguales unos a otros. Había que combinar distintas ramas del saber para llegar a una adecuada percepción del tiempo. El viejo mundo aprovechó este conocimiento y en 1582, sesenta años después de la caída de Tenochtitlan, Gregorio XIII hizo la reforma calendárica y descalificó el calendario juliano sistematizado por Socígenes de Alejandría e implantado por Julio César en el 46 a. de C., y que para entonces tenía un enorme margen de error.

Pero el caso que ahora nos ocupa es el de la medicina. La memoria colectiva conserva en la danza, los cantos ceremoniales y la medicina una visión legendaria del pasado entendido como paraíso y es capaz de recrearlo cada día. En este sentido la medicina es un saber que no sólo conserva la calidad de la vida sino que recrea el paraíso perdido. Es una práctica sagrada apoyada sobre la base de la observación y experimentación con animales, plantas y sales minerales. A tal grado llegó la investigación en Mesoamérica que instalaron en Oaxtepec un jardín botánico muy especializado. Había otros que funcionaban como centros de investigación en Xochimilco, Texcoco y Tenochtitlan, pero el de Oaxtepec era lo que llamaríamos ahora, con nuestro lenguaje posmoderno, un laboratorio de biotecnología.

Bernal Díaz del Castillo nos cuenta que era “la más hermosa y de mayores edificios y cosa mucho de mirar que se había visto en la Nueva España así del gran concierto de la diversidad de árboles de todo género de fruta de la tierra y otras muchas rosas y olores; pues los conciertos que en él había por donde venía el agua de un río que en ella entraba; pues los ricos aposentos y las labores de ellos y la madera tan olorosa de cedros y otros árboles preciados: salas y cenadores y baños y muchas casas que en él había; pues los paseadores y el entretejer de unas ramas con otras, e aparte las yerbas medicinales y otras legumbres que entre ellos son buenas de comer, y tenía tantas cosas de mirar que era muy admirable, y ciertamente era huerta para un gran príncipe, y aun no se acabó de andar por entonces toda, porque tenía más de un cuarto de legua de largo”<sup>6</sup>.

En esta misma huerta se cultivaron y aclimataron las plantas traídas de España desde que el 15 de octubre de 1524, en la cuarta carta de relación, Hernán Cortés pidiera al emperador Carlos V: “...torno a suplicar a vuestra majestad, porque de ellos será muy servido, mande enviar su provisión a la Casa de la Contratación de Sevilla para que cada navío traiga cierta cantidad de plantas, y que no pueda salir sin ellas, porque será mucha causa para la población y perpetuación de ella”<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Editorial Patria. México, 1983. Pags. 458-459.

<sup>7</sup> Cortés, Hernán. *Cartas de relación*. Sepan Cuantos no. 7. Editorial Porrúa. México, 1993. Pag. 205.

De modo que Gregorio López encontró un vasto saber dedicado a remediar las dolencias del cuerpo. Con la influencia europea pasaría a ser una ciencia, entendida ésta como el cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado que constituye un ramo del saber, sobre la idea griega de la búsqueda de causas y efectos. Aunque, en el fondo y en la práctica popular cotidiana, se quedaría para siempre la intuición básica y ultérrima de la cultura mesoamericana, aquella que le permite moverse en el espacio sagrado que transcurre no en el tiempo ordinario sino en uno fuera del tiempo, donde la danza del universo se convierte en quehacer hermenéutico.

En este elegante mundo cultural y con una rica tradición herbolaria Gregorio López encajó perfectamente, como una pieza más del incesante rompecabezas. Aprendió, experimentó y escribió los remedios para aliviar el cuerpo. En el *Tesoro de medicinas para todas las enfermedades* no aparecen rudimentos gnoseológicos, es probable que esté por abajo la teoría humoral que dominó el occidente medieval, aquella doctrina que sostuvo que el hombre es un organismo vivo constituido por cuatro humores: sangre, flema, bilis y atrabilis. Pero bien pudiera ser que el autor adoptó la idea mesoamericana de que el hombre es la suma de materia divina y cobertura de materia pesada que es característica de una existencia contagiada de muerte, sexo y poder reproductivo<sup>8</sup>. En fin, se trata de un libro eminentemente práctico que describe las enfermedades con jerga de hombre dedicado a las dolencias del cuerpo: **Abejas, Abispas, Agallas, Agallas inflamadas y flemones, Ahipo, Ahíto, Ayre corrupto, Alacrán, Alamareamiento o vaguido...**

**Disenterías:** son cámaras de sangre con ardor de tripas. Llanten molido, o consuela bebida en vino, o simiente de acederas, que los indios llaman *xexacoyoles*, bebida con verdolaga, bien cocida.

**Ictericia:** es cólera derramada en todo el cuerpo por de dentro, parece entre cuero y carne. Cocimiento de culantrillo bebido, o baño de cocimiento de orégano.

Gregorio López fue un hombre medieval y un médico hacedor de milagros. Queda mejor definido dentro de la tradición mística medieval que en la corriente que ya para entonces buscaba explicar el mundo. En el expediente para su canonización, se encuentra el testimonio del padre Antonio Arias, sj: "es un hombre estático de aquellos antiquísimos anacoretas, que poblaron antiguamente los desiertos"<sup>9</sup>.

Félix García

---

<sup>8</sup> Zolla, Carlos. La obra de Gregorio López en el hospital de Guastepac, en Crespo et al. Morelos. *Cinco siglos de historia regional*. Ceham - UAEM. México, 1984.

<sup>9</sup> Zolla, Carlos. Op. cit.